

## MERCADO DE GALLINAS CLUECAS EN SUBASTA

Evalina Santiago de Figueroa

Estaba leyendo la prensa cuando sonó el teléfono. Me levanté con desgano y tomé el auricular.

-¡Hola!

Aquella voz me era familiar y puse cara de buen humor.

-Te llamo para invitarte a una conferencia que voy a dar en San Juan en el Hotel Bayoya.

-¿A quién se la vas a ofrecer?

-A la Asociación F.

-¿Cuál es el tema?

-La tradición de los Reyes Magos en algunos países caribeños.

Estuve a punto de decir que no, pero yo no podía fallarle a mi mejor amiga.

-¿Me acompañas?

-¡Sí!

Amaneció un día lluvioso, pero nos fuimos hacia la capital. Cuando llegamos al Hotel Bayoya, la lluvia arreció, pero como debíamos darnos prisa, nos tiramos bajo la lluvia.

A la entrada del hotel le preguntamos al botones en qué sala era la conferencia. El nos condujo al lugar exacto.

Al llegar a la puerta nos topamos con una pelirroja excesivamente flaca. Nos sonrió muy

simpática, pero al hacerlo dejó ver la pasta color de rosa de una caja de dientes postiza.

-¿Les puedo ayudar en algo?- preguntó la pelirroja.

-Estamos tratando de localizar a la señora Pandorga. ¿La conoce usted?

-No, pero déjenme preguntar a ver si alguien la conoce.

Se alejó meneando las caderas, mejor dicho, los huesos, porque creo que nunca tuvo caderas. Luego comenzó a chillar en alta voz:

-Oye, ¿quién conoce a la señora Pandorga? Regresó. Venía tarareando una canción.

-Qué sabes tú lo que es querer y no te quieran...

-Lo siento, amigas, nadie conoce a esa señora.

Mi amiga me clavó los ojos muy asustada y dijo:

-Si esa señora no aparece, ¿a quién carajo le doy la conferencia?

-A la pelirroja-, le contesté. ¡já, já, já!

A pesar de todo, nos divertíamos. En aquel salón había alrededor de doscientas evas, casi todas rayando en los setenta años y pertenecían a la Asociación F. Todas

hablaban al mismo tiempo. Aquello parecía un mercado de gallinas cacareadoras y cluecas.

Al rato se escuchó una voz chillona que gritaba hasta desgañitarse.

-Por favor, vamos a hacer silencio. Son las once de la mañana. Nos hemos retrasado dos horas.

Su ruego cayó en el vacío. Era como si le hubiera hablado a un bloque de ladrillos. Ellas seguían hablando. ¿De qué? Nunca lo supe. La mujer de la voz chillona volvió a hablar.

-Hace falta un micrófono. Miren a ver si lo consiguen.

En eso pasó un "bendita tú eres entre todas las mujeres". Traía el micrófono.

-El micrófono, señora.

-Gracias, papito.

-Vamos a comenzar la actividad, espero que hagan silencio razonable.

Como si nada. Las mujeres no se callaban. Pensé que las pobres habían nacido con una cremallera en la boca y habían logrado quitársela, justo al entrar al Hotel Bayoya.

La anfitriona dio paso a la actividad gritando por encima de las que hablaban. Disertó sobre los Reyes Magos y otros temas que no pude escuchar.

Hacía como dos minutos que la señora había comenzado, cuando subió a la tarima una dama que tenía más años que Matusalén y le arrancó el micrófono de las manos a su compañera.

-Oigan, se me ha perdido una esmeralda. Fue aquí. ¡Ayúdenme a buscarla, por

caridad! Esa joya me la regaló mi difunto marido el día que nos casamos.

La señora del micrófono arrugó el entrecejo, pero se unió a la búsqueda.

-¡Qué descaró-, dijo una de las evas-, y que suspender este evento para buscar una pantalla!

-Ella dice que es una esmeralda, pero...

El espectáculo era para morirse de risa. Casi todas aquellas evas se lanzaron al piso. Parecían gatas en época de celo.

Una de ellas estaba metida debajo de la mesa y la que le seguía tenía la cara pegada al trasero de la otra.

Mi amiga y yo no dejábamos de reír. Jamás vimos tanto entusiasmo.

-¡Aquí está la esmeralda! ¡Mírenla!

La dueña de la prenda se enderezó y espantó unas migas de pan que tenía en las rodillas. El peinado lo había dejado incrustado en las patas de la mesa.

Después del suceso de la esmeralda se presentaron unos jóvenes disfrazados de Reyes Magos. Fueron a todas las mesas y nos regalaron una bolsita de dulces. Dulces que devoramos al instante, porque el hambre arreciaba. Eran las dos de la tarde.

-¡En dónde se habrá metido la Pandorga!- dijo mi amiga.

-¡Cálmate, ya vendrá!

Miraba hacia todos lados y reparé que la prima de mi esposo estaba allí. Me acerqué y le dije si conocía a la señora Pandorga. Dijo que sí y salió en su busca, pero regresó sola.

Al cabo de media hora hizo su entrada una señora mofletuda toda mojada. Al caminar se

oía el ¡plaf!, ¡plaf! de los zapatos. Pensé que había caído al sardinel.

Mi amiga y yo nos miramos y para no soltar la carcajada prisionera, nos pusimos en la boca las bolsitas vacías en donde habían venido los dulces que nos regalaron los Reyes Magos.

-Esto se pone bueno-, dijo la prima.

-Nunca me había reído tanto.

Media hora después se acercó a nosotras la Pandorga. Se excusó y pidió a mi amiga que le copiara en un papel algunos datos biográficos, que luego, frente al micrófono lo dijo todo al revés.

La conferencia quedó preciosa. Las evas aplaudieron y comentaron de lo interesante de la misma. Otras decían que cómo era posible que los Reyes Magos fueran sustituidos por el bermejo de Santa Cló.

Por fin llegó el almuerzo. Mientras comíamos, se continuó con la agenda. Recuerdo muy bien que todo terminaba con el siguiente estribillo:

-con mucho respeto, con mucho amor y con mucho cariño.

-¡Mira, cámbiame esta ensalada! A mí no me gusta el repollo.

-¡Vaya con el almuercito! ¡Y que arroz con habichuelas! ¡Qué falta de respeto!

En esto tenían razón. Aquel almuerzo era puro veneno para ratas; pero como dice el Chavo del Ocho, "Cuando el hambre aprieta, la vergüenza afloja."

Durante todo el día había venido observando a una mujer joven que estaba bastante retirada de nosotras. No había hablado ni comido. Tal vez esperaba algo.

A las cuatro de la tarde comenzó el desfile de las evas. La del micrófono dijo:

-No se pueden ir. Vamos a escuchar a esta joven que nos va a deleitar con algunas canciones propias de Navidad.

El desfile continuó. No se dignaron a escuchar a la joven que esperaba algo. Cantó dos o tres canciones para siete u ocho personas que quedábamos en el salón de conferencias. Lo hizo, pero en su rostro se leía la pena y el disgusto. Después que terminó de cantar, por cierto, muy bonito, se nos acercó y dijo:

-Yo soy arecibeña. Llegué a las ocho de la mañana y mira a la hora que me llaman. Aquí no hay organización, ni orden, ni respeto. Esto ha sido una revolución de gallinas cluecas sin sentido. Gallinas cluecas que se supone no pongan huevos, sin embargo, éstas los pusieron de todos tipos geométricos.

Y esto fue lo que vimos: un mercado de gallinas cluecas en subasta.